

**JAVIER
MUÑOZ VILLÉN**

**La página
428**

Piénsalo dos veces antes de pedir ayuda



En 1979, la aparición del cadáver de Anne Sullivan, horriblemente mutilado en el idílico bosque de abedules que rodea el lago Pike, no es más que el primer indicio de que un asesino en serie anda suelto por la zona. ¿Quién mató a Anne Sullivan y a las otras muchachas? Dos policías de caracteres opuestos se verán absorbidos por la investigación hasta tal extremo que no podrán establecer un límite entre sus vidas públicas y privadas.

Cuarenta años más tarde, la psicóloga del departamento de policía, Katherine Nowak, empieza a dudar de su identidad tras unas palabras pronunciadas por su tía en su lecho de muerte. ¿Quién es ella realmente? ¿Murieron sus padres en un accidente de tráfico o su tía le ha estado mintiendo durante más de treinta años?

¿Y qué relación existe entre los asesinatos de 1979 y las dudas de la psicóloga?

Eso es algo que solo sabe el escritor que en 1989 visita una prisión de máxima seguridad para que un asesino lo ayude a afinar la trama de su novela hasta su última página: la 428.

La página 428 es un *thriller* psicológico que por medio de tres líneas temporales va conduciendo al lector, con suspense bien medido, hacia un final imprevisible.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Epílogo

Sobre el autor

*A mis padres, Enrique y Gloria:
Gracias por regalarme la vida y la imaginación.*

Prólogo

Pike Lake, 1979

Detuvo sus pasos junto a la carretera, en el único claro que parecía mostrar distraído el imponente bosque de abedules que se alzaba frente a su sorprendida mirada. Contempló abrumado la oscura magnificencia de la vegetación cuyos miembros, entrelazados en un abrazo feroz e infinito, le impedían ver más allá de unos metros.

La noche acababa de arrancar el último aliento a la luz de un sol que moría en el azul del horizonte, mientras la luna comenzaba a iluminar, tímida, el dubitativo caminar del indeciso visitante.

El último paso acabó con su inseguridad y finalmente se adentró sin titubear en la espesura. Podía sentir su llamada una vez más, sus latidos bajo la tierra que pisaba y su respiración, tranquila y profunda, como el susurro del viento. Las ramas arañaban su alma mientras su cuerpo penetraba en la oscuridad. Cubría su rostro con las manos mientras avanzaba lentamente, sin saberlo, hacia su destino. Y entonces la vio: era una mujer muy joven, esbelta, de rostro macilento y triste. Intentaba ocultar su famélica desnudez con las manos y antebrazos.

La inesperada aparición le hizo retroceder y antes siquiera de conseguir pronunciar una sola palabra, la muchacha le arrebató al silencio su única posibilidad de subsistir.

—¿Por qué has vuelto?

–¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? –preguntó, incrédulo, el misterioso intruso.

–¿Por qué has vuelto? –repitió la joven.

–¿Cómo? No te entiendo. ¿Quién eres? ¿Qué haces sola en el bosque?

–Ya sabes quién soy. Estoy aquí por ti, ¿recuerdas?

–No te conozco; nunca había pisado este maldito lugar.

–Soy la primera. No puedo creer que me hayas olvidado tan pronto...

–¿La primera...?

–Seguro que ya lo habías hecho antes, pero esta vez ha sido diferente, lo sé. Soy la primera.

El frío y la humedad comenzaban a trepar por sus piernas inmóviles, ancladas a la misma tierra que parecía querer devorarlo.

–No entiendo nada, no entiendo que hago aquí, esto es una pesadilla...

–O un sueño...

Cada palabra pronunciada por aquellos labios violáceos se convertía en un tétrico susurro que parecía querer arrancarle la cordura.

–¿Te gusta? –inquirió la joven mientras señalaba las extrañas marcas de su cuello.

–¿Qué demonios...?

–Lo hiciste porque soy especial, ¿verdad?

–¡Basta!

–Vamos, dime que soy especial. ¡Dímelo!

–¡Basta! ¡Basta! ¿Quién eres y qué quieres de mí?

–Mi nombre es Anne Sullivan, y lo que quiero no me lo puedes dar porque... estoy muerta.

Asustado, el visitante dio media vuelta para intentar huir de sí mismo hacia la misma carretera que le había llevado hasta aquel fantasmagórico paraje.

Apenas llevaba recorridos varios metros cuando tropezó con algo que le hizo caer al suelo. Alzó la vista, aturdi-

do aún, para contemplar el motivo de su traspié: el cuerpo lívido de una muchacha yacía inerte junto a unos tristes e impasibles helechos, testigos fortuitos probablemente de lo que allí había sucedido. Se levantó de inmediato para acercarse. En aquel momento se percató de que portaba un cuchillo de grandes dimensiones en la mano derecha. No lo dudó. No le tembló el pulso. Con él trazó la infame línea vertical que guiaría su destino hasta el último de sus días.

1

Prisión federal Edmund Randolph, 1989

Podía sentir a cada paso los lamentos de mil almas arrastrando sus cadenas camino del cadalso y escuchar los gritos que impregnaban cada maldito ladrillo de aquella construcción infame. Sin duda, habitaba algo maligno entre aquellas cuatro paredes que sostenían la bóveda del infierno en aquel corredor infinito hacia la vergüenza y la expiación.

Con cada centímetro recorrido en la fría galería perdía un poco de cordura y algo de dignidad. Pero no existía horca alguna al final del túnel; ni luz, ni muerte, ni liberación. Solo una habitación con un cristal, un reflejo, una sombra y una condena que cumplir.

Necesitaba oír aquella voz una vez más aunque desconociera el motivo que le arrastraba otro día más a aquel suplicio. Necesitaba que le envolviesen otra vez las tinieblas de sus susurros, de sus lamentaciones y amenazas.

No había razón alguna para regresar a aquel siniestro lugar, pero allí estaba, a tan solo unos metros del final de su todavía incompleta obra sin saber qué decir, qué palabra utilizar para solicitar su inestimable ayuda.

El chirrido del mecanismo metálico al abrirse descerrajó la última puerta del silencio y el pasillo murió tras él. El sonido de la cerradura anunció que ya estaba en la habitación de la culpa una vez más, un día más. Esperó unos se-

gundos, para él casi decenios, la ruptura de una tétrica y aparentemente inquebrantable quietud.

Por último, acercó su mano al frío vidrio que separaba sus dos mundos, como intentando sentir bajo sus dedos los latidos de un ser irreal, quizá moribundo.

Finalmente fue su propia voz, tímida pero profunda, la que resquebrajó la oscura calma de la antesala a su locura.

–¿Jack? ¿Estás ahí?

–No, nunca he estado.

–De igual manera escucharás cada palabra de mi última página, la número 428.

2

Una oscuridad impenetrable envolvía cada centímetro de la pequeña estancia. Su respiración apenas podía arañar la superficie del tétrico silencio que reptaba por su cuerpo desde el suelo de la habitación para meterse después en sus oídos. Palpó una vez más con su mano todavía húmeda el último tramo de una pared infinita en busca de una luz que iluminara el espacio y su aturdimiento. Nada. Tropezó con algo caliente que descansaba sobre el piso. No se agachó para comprobar qué podía ser. Sintió náuseas. Un metro más. Nada. Finalmente, sus dedos nerviosos encontraron entre temblores lo que podría ser un interruptor. Lo pulsó.

—¡Sorpresa!

Su voz resquebrajó la frágil calma del terrible escenario en el que acababa de hacer solemne acto de presencia. Sonaba diferente a otras ocasiones. Sus ojos heridos, que luchaban aún por adaptarse a los destellos blanquecinos provenientes del techo, fijaron su atención en un punto intermedio justo enfrente de él. Después siguieron el trayecto ensangrentado e irregular que los cinco dedos de su mano izquierda parecían haber trazado en la desnuda pared.

Bajó la mirada culpable para comprobar si su cuerpo era su cuerpo; si seguía en el mismo lugar. Observó sus manos: sangre. Junto a sus pies, un cuerpo. No era el suyo. Estaba retorcido, inerte, cubierto por un vestido de estampado floral y alegres tonalidades primaverales. Su postura artificial anunciaba el macabro devenir de lo acontecido: no tenía cabeza. Había sido seccionada. Dio un paso atrás y resbaló con el oscuro y pegajoso charco que comenzaba a oxidarse bajo sus pies. En ese momento oyó un ruido y se volvió en su dirección. Un trazo irregular en forma de uve pintado con la misma sangre destacaba sobre la

blanca pared. Volvió a escuchar el mismo ruido, pero esta vez más próximo. Alargó el brazo y pulsó nuevamente el interruptor. Entonces, regresó la oscuridad.